

La erudición como nodriza de la invención en Quevedo

Sagrario López Poza
Universidad de La Coruña

El concepto de *erudición* sufrió a lo largo de los siglos XV al XVIII cambios considerables y pasó por diferentes grados de estima. Mientras que en un principio la erudición se empleaba con parquedad y sólo para adornar, refrendar, dotar de autoridad al discurso, a finales del siglo XVI, por una serie de complejos procesos, algunos oradores o escritores abusaban de la ostentación de erudición hasta un grado que llevó a las mentes más lúcidas a abominar de lo que se había convertido en palabrería huera, en vano alarde, en espejismo de verdadera erudición.

Intentaré en un principio establecer qué se entendía por *erudición* en el momento en que Francisco de Quevedo escribe, luego expondré cómo se hacía uso de ella en los discursos, como fruto de una práctica del método humanístico pacientemente adquirido en las aulas y en el itinerario intelectual de un hombre culto de la época, y en una última parte intentaré un acercamiento al empleo que hace Quevedo de esta práctica, para lo cual he elegido, dada la limitación de un trabajo de estas características, una obra de madurez de Quevedo: *Providencia de Dios*.

Nada mejor que las palabras de un contemporáneo de don Francisco para que comprendamos en su justa medida qué se entendía a mediados del siglo XVII por *erudición*. Gracián¹ alude a ella como fuente del saber. Así la define:

Consiste en una universal noticia de dichos y de hechos, para ilustrar con ellos la materia de que se discurre, la doctrina que se declara. Tiene la memoria una como despensa, llena de este erudito pasto, para sustentar el ánimo, y de que enriquecer y fecundar los convites que suele ha-

¹ Baltasar Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, tratado segundo, discurso LVIII, «De la docta erudición y de las fuentes de que se saca», en *Obras completas*, II, 1993, pp. 726-30.

cer a los entendimientos. Es un magacén rebutido, un vestuario curioso, un guardajoyas de la sabiduría. Sin la erudición no tienen gusto ni sustancia los discursos, ni las conversaciones, ni los libros. Con ella ilustra y adorna el varón sabio lo que enseña, porque sirve así para el gusto como para el provecho [...] pero no ha de ser uniforme, ni homogénea, ni toda sacra, ni toda profana, ya la antigua, ya la moderna, una vez un dicho, otra un hecho de la historia, de la poesía, que la hermosa variedad es punto de providencia. Especialmente se ha de atender a la ocasión y a sus circunstancias, de la materia, del lugar, de los oyentes, que la mayor prenda del que habla o escribe, del orador o historiador, es decir con seso.

Con precisión y con elegancia nos ha indicado Gracián no sólo qué es la *docta erudición*, sino para qué se emplea y cómo.

Hacerse con ese equipaje intelectual necesario para acudir en busca de lo preciso cuando hiciera falta, no era algo que pudiera improvisarse, ni adquirirse en poco tiempo. Requería dedicación y paciencia, y un método bien aprendido que garantizara eficacia en los pasos que habían de darse para la adquisición de una variedad de conocimientos.

Un plan de lecturas, así como las reglas para su asimilación correcta y explotación posterior, es recogido en tratados de eminentes humanistas, como Erasmo², Vives³, o más cercanos aún en el tiempo a Quevedo, como Baltasar de Céspedes⁴, y constituían los cimientos de la erudición del futuro hombre docto. El estilo erudito que debía conseguir se sustentaba en la paciente adquisición de *loci communes* y en la posesión asimilada de los resortes de la lengua latina. Para asegurar el conocimiento de ambas cosas, los jóvenes realizaban prácticas abundantes en las clases de Gramática, Humanidades y Retórica, con la ejecución de breves ejercicios de oratoria en diversos géneros, denominados *progymnasmata*⁵.

La influencia de esos ejercicios en la literatura está mal estudiada, y a veces las sorpresas son mayúsculas. A menudo encontramos insertos en las obras de ficción del Siglo de Oro pequeños discursos cuya única finalidad parece ser alardear de habilidad oratoria. Con mucha frecuencia, no son más que ejercicios escolares de los que el autor se sentía particularmente orgulloso, y que se resistía a no aprovechar, y así los insertaba en la obra, en boca

² Desiderio Erasmo, *De copia verborum...*, Compluti, MDXXV.

³ Luis Vives, *De tradendis disciplinis, seu de institutione Christiana*, en *Opera Omnia*, MDCCLXXXV, t. VI. También puede leerse esta obra en la edición en español en *Obras completas*, II, 1948, pp. 337-687.

⁴ Baltasar de Céspedes, *Discurso de las letras humanas llamado el Humanista*, escrito en 1600, pero que se editó por vez primera por Santos Díez González, en Madrid, Antonio Fernández, 1784. Existe la edición moderna del P. Gregorio de Andrés en El Escorial, 1965.

⁵ Ver López Grigera, 1994, pp. 55-56 y Fumaroli, 1984, p. 222.

de algún personaje. Baste un ejemplo: Quintiliano recomienda para el género deliberativo y a la vez de alabanza y vituperio dos cuestiones: «¿Qué es preferible, la ciudad o el campo? ¿Las armas o las letras?». En el *Quijote*, puede decirse que prácticamente los únicos discursos que hallamos son justamente sobre esos temas.

Los motivos o tópicos escogidos para practicar los diversos géneros solían ser la mitología, la fábula esópica, la historia o la anécdota, escribir sentencias o aforismos, pequeñas narraciones morales o *chrías*, etopeyas, etc.

La iniciación de Quevedo en estas habilidades comenzó temprano, en los cuatro años que pasó con los jesuitas, primero en Madrid, en el colegio de los Teatinos (1592-1593) y desde comienzos de 1594 y todo el año siguiente como interno en el convento de Ocaña, regido por la misma orden.

Aunque la memoria era una facultad mucho más desarrollada que en nuestros días, no todo podía confiarse a ella, y así, todo lo que llamaba la atención en el ejercicio de lectura atenta, se marcaba en el margen con un asterisco, como recomendaba Erasmo, y luego pasaba a formar parte de un ajuar personal de citas, ornamentos, fórmulas, vocabulario, imágenes, alegorías... generalmente organizadas según unas recomendaciones antiguas que varían poco sean quienes sean los autores que recomiendan el método: sentencias, adagios, proverbios, anécdotas de la Historia Sagrada o profana, *exempla*, fábulas, se iban acumulando en una especie de *thesaurus* bien organizado que recibía el nombre de *codex excerptorius* o *cartapacio* para acudir a él cuando se necesitaran rescatar estos materiales como fuente de invención, o para adornar el discurso, o para emplear como argumento de autoridad⁶.

Para que queden claros los conceptos a que aludimos en el título de este trabajo, conviene recordar que *inventio* procede de *invenire*, y significa acudir a la memoria en busca de los *loci*, *topoi* o lugares comunes tipificados que permitan exponer la tesis seleccionando los más adecuados a los contenidos del discurso. Los tratados de oratoria ofrecen sistematizaciones bien conocidas (Cicerón, *De inventione*, I, 24, 34 y ss. y Quintiliano, *Institutio oratoria*, V, 10, 23 y ss.). A través de esa red de referencias el orador bien formado hallaría una guía que facilitara su tarea de *invenire*.

Los jesuitas, promotores de un nuevo dechado de intelectual contrarreformista, sistematizaron en sus tratados lo que consideraban que debían ser los pilares de la erudición. Su formación se encaminaba a unos fines prácticos, considerando que el intelectual había de servirse de las *bonae litterae* sólo porque para sus fines

⁶ Véase sobre el tema el magistral estudio introductorio de Aurora Egido a su edición de Baltasar Gracián, *El discreto*, 1997, especialmente el apartado sobre «El cartapacio escolar» (pp. 40-45); también el capítulo II de mi libro *Francisco de Quevedo y la literatura patristica*, 1992, «El uso y abuso de las citas» (pp. 37-51).